

giéndose á Atenaida); quiero conservar mi libertad. Ese pobre Alejandro no hará más que lo que queramos nosotros.

ATENAIDA

Alejandro es materia blanda y generosa.

PÁNFILO

Tomará la forma que queramos darle. Tú nos ayudarás en esto.

ATENAIDA

Ya lo creo que ayudaré.

PÁNFILO

Y todo lo arreglaremos á nuestro gusto. Cuenta contigo. (Dirigese á Hiperbolos.)

ATENAIDA

(Aparte.) Y esta pobre Atenaida cuenta con la divina justicia. Necios, villanos; temblad. ¡Ahora yo soy la ministra, yo, yo!

TELÓN

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA

JORNADA TERCERA

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

ATENAIDA, que, meditabunda, sale de su casa en las primeras horas del día, llevando un saquito en la mano.

ATENAIDA

Hoy salgo de mi casa con la inflexible determinación de que no se prolongue un día más la ansiedad en que vivo. En mi mente llevo grabadas con caracteres de fuego estas palabras: Ó vida ó muerte. Muerte, querrá decir que todo ha concluído para mí en este mundo; y si la vida prevalece sobre la muerte, significará, ¡oh Alejandro mío!, que habré logrado sacarte de la vorágine tenebrosa de la Sinrazón. Resuelta voy á lograr este fin supremo. (Detiénese y contempla su casa con melancólica ternura.) ¡Adiós, generosa familia que me has dado albergue! ¡Humilde casa, mansión de paz, ni muerta ni viva he de volver á ti! (Sigue andando lentamente sin apartar su mirada del suelo.) Alejandro, amado mío, voy en tu busca. ¿Te encontraré en el Ministerio? ¿Estarás

en tu casa, ó en la de don Dióscoro? No sé..., no sé. (Indecisa, acorta su paso y llega á una encrucijada, donde se le ofrecen dos distintos caminos. Decidiéndose al fin, se mete por una callejuela.) Por aquí llegaré más pronto á la casa de Alejandro. (Encuétrase en una plazoleta solitaria, donde se ven las ruinas de un caserón destruído por el fuego veinte años ha, y que aún espera su reedificación. Detiénese por súbita inmovilidad de todos sus miembros, cual si estuviera bajo la influencia de una voluntad misteriosa. Hacia ella avanza una mujer.)

ESCENA II

ATENAIDA, DOÑA REBECA; después NADIR,
ZAFRANIO, ARIMÁN

ATENAIDA

(Tratando de recobrar su movilidad.) ¿Quién es usted? Déjeme seguir.

REBECA

(Levantando el velo de ala de mosca, que cubre su rostro moquetado y herpético.) ¿No me conoces, hija mía?

ATENAIDA

Yo no soy hija de usted. Déjeme libre el paso.

REBECA

Aguarda. No quiero hacerte daño. Te he visto salir de tu casa, y ya sabía que tus pasos te

traerían hacia aquí. Óyeme; nada temas. Lo que tengo que decirte ha de serte muy grato... Ya sé que vas á casa de Alejandro... Él y tú estáis de norabuena. Ya podréis casaros. Serás ministra.

ATENAIDA

Cállese, embustera.

REBECA

Podrás casarte, porque Alejandro sigue tan viudo como antes estaba. Doña Helena no ha resucitado. Todo ha sido una broma. (Atenaida siente rebullicio de pasos y risas entre las ruinas. Aparecen dos hombres, que se acercan haciendo eses como los borrachos.) Si no crees mi palabra honrada, te la confirmarán estos dos amigos, Nadir y Zafranio, autores de la farsa graciosa que has podido aplaudir en la casa de don Dióscoro, el papá de tus discípulas.

ATENAIDA

(Consternada.) Nadir, Zafranio. ¡Dios de la verdad! ¡Ampárame contra tus enemigos!

NADIR

(Con frase dulzona.) No reniegues de nosotros, que te queremos bien, Atenaidita, y nos interesamos por tu felicidad. Yo armé la donosa ficción de resucitar á doña Helena. Yo puse los telegramas y redacté las cartas que anunciaban la

locura de la Marquesa de Rodas, y mi compañero Zafranio, queriendo dar al bromazo caracteres de mayor verosimilitud, inventó la comedia de llevar á Ursaria en figura carnal la persona de doña Helena...

ZAFRANIO

Yo soy imaginero, y construyo figuras de aparente vitalidad carnal; las pinto, las arreglo y las visto, dándoles además el suficiente don de palabra para que hablen como las almas del otro mundo.

NADIR

Este fué el que trajo á Ursaria el mascarón que viste.

ZAFRANIO

Y cuando la llevaban al sanatorio la arrastramos á las excavaciones, y allí la puedes ver arrojada en el suelo, medio deshecha.

NADIR

No es ya más que un montón de carne putrefacta, cartón, caña y trapos.

REBECA

¿Lo que has oído no te satisface? Aunque estás calladita, tu interior se transparenta; veo tu alegría...

ATENAIDA

(Con supremo esfuerzo, se sobrepone á la sugestión que la enmudece.) Alegría, no: desprecio, repugnancia.

NADIR

Maestría juiciosa, no respondas con vituperios á la simpatía que tenemos por ti.

REBECA

Sé agradecida. Vente á nuestro campo. Te elevaremos al tálamo del ministro.

ZAFRANIO

Ó á lugar más alto.

ATENAIDA

(Oprimiéndose el pecho y aspirando fuertemente quiere hablar; mas sólo consigue articular monosílabos.) NO... NO. (Preséntase de súbito Arimán, que cae junto al grupo como si se lanzara del paredón más elevado de las ruinas. Al verle Nadir y Zafranio se apartan medrosos.)

ARIMÁN

Bellacos, traidores; buscándoos vengo desde el amanecer para castigar vuestras travesuras.

NADIR

No somos tus inferiores; somos tus iguales.

ARIMÁN

Iguales, no. En este círculo infernal mandado yo.

ZAFRANIO

Mandamos los tres.

ARIMÁN

¡Miserables! Habéis roto la unidad del poder demoníaco. (Con mayor furia.) Largaos de aquí, y no salgáis de vuestras guaridas hasta que yo os lo ordene.

NADIR

Nos iremos cuando nos acomode.

ARIMÁN

(Acometiéndoles.) ¡Fuera, fuera! (Se cruzan entre ambos chispazos de un fuego lívido, restallante. Huyen Nadir y Zafranio.) Y tú, vieja leprosa, ¿qué haces aquí atormentando á esta pobre mujer? (Le da un fuerte puntapié, y desaparece Rebeca como pelota lanzada muy lejos.)

ATENAIDA

(Respirando fuerte como quien despierta de una pesadilla.) ¡Ay!

ARIMÁN

(Muy solícito y amable.) Maestra insigne: esos bribones te han atormentado, pero aquí estoy yo para defenderte y ponerme á tu servicio. Te han privado del uso de la palabra.

ATENAIDA

Sí.

ARIMÁN

Te han impedido todo movimiento.

ATENAIDA

Sí, sí.

ARIMÁN

Pues ya eres libre, ya puedes andar.

ATENAIDA

(Dando algunos pasos.) Ya puedo andar.

ARIMÁN

(Siguiéndola.) Óyeme.

ATENAIDA

(Deteniéndose.) Dispénsame, doctor; voy á mis obligaciones.

ARIMÁN

Un momento... Yo te he salvado de la ignominia, de la muerte quizá. Podría yo retenerte aquí, mas no lo haré. Te doy libertad.

ATENAIDA

Gracias.

ARIMÁN

Libertad á condición de que me adores, de que reconozcas mi poder absoluto en el círculo de Ursaria.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AÑO: 1925 MONTECERES, N.º 1

ATENAIDA

No reconozco aquí ni en ninguna parte más poder que el de Dios omnipotente.

ARIMÁN

Pero Dios omnipotente no te dará lo que yo te daré. Yo te estimo, reconozco tus singulares méritos; yo los recompensaré haciéndote reina.

ATENAIDA

¿Reina?

ARIMÁN

Reina de Ursaria. Te casaré con Dióscoro. La voluntad del Patriarca Filantrópico es mía; ya la tengo bien segura.

ATENAIDA

(Tímidamente, queriendo eludir la terrible fascinación de los ojos de Arimán.) ¿Puedo seguir?... Voy á mis quehaceres.

ARIMÁN

No quiero ni debo retenerte más tiempo. Soy tu amigo; anhelo mirar por ti, engrandecerte, hacerte dichosa... Ya lo ves: al tutearte, te doy la mejor prueba de estimación. Confía en mí.

ATENAIDA

(Temblorosa, deseando escapar.) Sí, sí; pero déjeme seguir.

ARIMÁN

Un momento no más para decirte, insigne mujer, que á las altas cualidades que te adornan debes añadir la que te falta... ¿No lo entiendes? Para ser perfecta te falta una noble ambición.

ATENAIDA

(Que en su sobresalto se decide á formular un tímido asentimiento para poner término al angustioso asedio.) Bueno, bueno, doctor; lo pensaré. (Advirtiendo que disminuye la fatal atracción, evoca toda su firmeza, y con pies ligeros emprende su camino.)

ARIMÁN

(Sin moverse, viéndola partir.) Atenaida. Ya te tengo. Tú serás reina. (Atenaida, á medida que se aleja redobla el paso. Sin mirar hacia atrás, oye de nuevo, muy lejano, el fatídico presagio.) Tú serás reina. (Y sintiéndose dueña de su voluntad y de su locomoción, corre gozosa como el pajarillo que logra escapar á la fascinación de la serpiente.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO